

Laínz, Jesús

## *Adiós España. Verdad y mentira de los nacionalismos*

Ediciones encuentro, Madrid, 2004.

“Preferísteis el deshonor a la guerra, pues bien: tendréis el deshonor y tendréis guerra”, tronaba Churchill en 1938 ante los acuerdos de Munich. Ante la historia, Chamberlain y Daladier cometían un error fundamental; creyeron que Hitler jugaría al eterno juego de la diplomacia europea, de los pactos y de las alianzas, de la disuasión y del tratado. No previeron que el nacionalsocialismo jugaba a otro juego; queriéndolo todo, podía arriesgar a perderlo todo. Dos años después, el mundo libre contenía el aliento mientras Inglaterra se debatía panza arriba contra los cazas y bombarderos de la *Lutwaffe*. Pero en 1938, la paz se presentaba al alcance de la mano: ¿cómo no abrazarla con la fuerza esperanzada del creyente?

Hace un año, en febrero de 2004, Jesús Laínz publica *Adiós España*; rareza histórica, el nacionalismo se encontraba a la defensiva, y ETA cedía día tras día bajo la presión política, social y policial. Pero al tiempo que ganaba la batalla contra el terrorismo nacionalista, Aznar perdía la batalla de la cultura sin ni siquiera librarla; cedía la calle y los medios de comunicación a la misma oposición que semanas después arrollaría a su gobierno. Ocho años de victoria moral contra el totalitarismo etarra se rompían hechos añicos en setenta y dos horas, mostrando la política en su estado más crudo y desagradecido. Treinta años de lucha contra el terrorismo etarra no vacunaron a España para lo que se avecinaba poco después; Téllez, El Pozo, Santa Eugenia resuenan aún en nuestras cabezas, como lo hace la explosión política de los días siguientes; el terrorismo *yihadista* nos mostró una sociedad en precario equilibrio, en inestable unidad, en permanente peligro de descomposición.

A día de hoy ya no valen excusas ante lo evidente; marzo de 2004 acabó con la ingenuidad política heredera de 1978. La proclamada “madurez democrática” dio paso a la esquizofrenia política; la unidad contra el terrorismo se tornó en una rivalidad insoportable, que forzó la democracia hasta su extremo y empuja a unos españoles contra otros; el 14 de marzo se inauguró la política del apaciguamiento, de la recriminación y del enfrentamiento. Con la llegada del nacionalismo radical al poder, *Adiós España*

**170** entraba en La Moncloa. Un año después, aprisionado entre Esquerra Republicana e Izquierda Unida, el Presidente del Gobierno negocia con el terrorismo nacionalista y se suceden las previsibles consecuencias: los nacionalistas se frotan las manos ante lo apetecible; los constitucional-pluralistas se frotan los ojos ante lo impensable. Democrática, la sociedad deposita su suerte y su confianza en el gobernante; insegura, no puede dejar de sentir vértigo en el estómago ante los acontecimientos que se desarrollan ante sus ojos.

De repente retrocedemos treinta años. Por todo el país la gente se pregunta ¿qué quiere ETA?; los que ya lo saben se angustian por momentos; ¿por qué lo quiere?, ¿por qué ahora? Con olor a pólvora y titadine, el pasado interpretado por el nacionalismo se hace presente en los medios de comunicación, en el Congreso, en La Moncloa. Al borde del abismo constitucional, la obra de Jesús Laínz se consume en nuestras manos, señala problemas, resuelve preguntas, nos enseña a no fiarnos cuando se desguaza la historia en nombre de la historia.

Laínz acude a los hechos contingentes, reales, faltos de épica y lirismo; como el hombre, la historia está sujeta a grandezas y bajezas, a grandes verdades y enormes mentiras. Evidencia que no lo es tanto en la tierra del gobierno de los veinticinco años, de la UPV, de la Lehendakaritza y de Euskal Telebista. En una obra minuciosa, Laínz sólo es espectador molesto de lo evidente; durante más de ochocientas páginas, su pecado es dejar hablar a los nacionalistas, citar palabras, relatar hechos. Al hacerlo, el autor pone ante nuestros ojos los cuatro mitos del nacionalismo que están desangrado Euskadi; la historia, la raza, la lengua y el territorio.

Laínz nos recuerda que el nacionalismo se construye sobre una historia épica: La Edad Antigua es la lucha del pueblo vasco contra la civilización romana, visigoda y árabe; en la Edad Media nace Castilla, y con ella la represión española contra el indómito pueblo vasco; la Modernidad, el nacimiento del Estado nación, y con él, del recrudescimiento; la Guerra Civil, el sometimiento fascista a los anhelos vascos; el franquismo, el genocidio definitivo de un pueblo; 2005, en fin, es la oportunidad para llegar al fin de la historia interpretada en clave vasca, en lo que Laínz llama doble estrategia nacionalista (p. 795)

Pero la historia es abstracta, no prende en el pescador de Ondarroa o en el comerciante de Vitoria. Encarnémosla, afirma el militante; “es evidente que en la época de Sabino aquí había un pueblo incluso racialmente definido”, sentencian convencidos los mandamases nacionalistas (p. 343). Rh, capacidad craneal, cualidades antropomórficas explican en último término la *kale borroka*, y el *nueve milímetros parabellum*. Mientras el creyente convencido pregunta retóricamente ¿no es cierto que los científicos “siempre encontraban alguna especificidad entre los vascos” (p. 354)?, el *maketo*

## RECENSIONES

gallego o castellano se pregunta preocupado, ¿qué harán con quienes han mancillado la pureza vasca?

171

Pero, siguen los problemas, la historia es lejana, la raza intangible. En la era de las subvenciones y los *mass-media*, el germen de la independencia es un lenguaje independiente; “tenemos una lengua, luego somos una nación”, clama indignado el nacionalista vasco (p. 366). El euskera es el vestigio de un mítico pasado y fuente de un radiante futuro. La seña de identidad de un pueblo que se niega a desaparecer, confirman sus teóricos. Entonces, ¿cómo no defender la depuración lingüística?, se preguntará con lógica el lector. Y, seguro, responde el líder; “será ciudadano vasco, de la Comunidad Autónoma, pero un individuo que no tiene ni un mínimo sentimiento para lo que este pueblo tiene, ha tenido y le califica... pues para mí no lo sé ¡Allá él!” (p. 451). En el decálogo nacionalista, recuperar la lengua es recuperar la nación. Y reunificarla.

Cada vez que un presidente se sienta a la mesa con ETA, Navarra se desasosiega inquieta. En busca de un *Anschluss* vasco, el nacionalismo se convierte en panvasquismo; Navarra es la tierra prometida de un pueblo eternamente vedado. Sacrílega ruptura, la negativa de los navarros no es sino la muestra del enorme pecado cometido por España, que no sólo pervierte la política; también pervierte las almas. En la liturgia de la recuperación armada del pueblo vasco, la Constitución y el Amejoramiento son un problema. La negociación, una solución.

A mediados de 2005, con una negociación oscura, nos asomamos al abismo, y observamos lo conocido; la territorialidad es, para el terrorismo nacionalista y para toda la familia, innegociable (p. 754). Premisa sin sentido, que esconde el as en la manga del terrorista; desde la propuesta de Anoeta, el círculo se cierra en Perpignan, pasando por la Carrera de San Jerónimo; en el desguace de España, para el panvasquismo Navarra se sacrifica en la piedra de la democrática negociación. Hoy, el viejo reino se desasosiega por momentos.

Cincelada a golpe de hechos históricos, la obra de Laínz desmonta mitos, y apunta al mismo sentido de lo que es una ideología: una concepción global del hombre, de la política y de la historia. Historia, lengua, raza y territorio adquieren carácter eterno. Ante una centuria que comienza, el siglo XX enseñó que frente al gulag y Auschwitz, la historicidad de la política es condición esencial de un sistema político democrático y plural. Humana, la política responde a los problemas del *aquí* y del *ahora*. Es histórica en un doble sentido; depende del medio en el que se realiza y se hace insoportablemente relativa para un ser humano que busca más allá de las mediocridades de la política.

Pero el nacionalismo *deshistoriza* la historia; alcanza un valor eterno, trascendente para las “hijas e hijos de Euskalherria, de este pueblo que habita

**172** y trabaja en esta encrucijada de Europa desde antes de que haya memoria histórica de los hombres” (citado en la p. 733.) Cada persona es depositaria de una historia, una raza, una lengua. Demasiado peso, dirá el lector; pero eso da lo mismo para el creyente militante. Eterna, la historia del pueblo vasco se pierde en la noche de los tiempos; en el martirologio etarra se extenderá hasta el amanecer a golpe de dinamita.

¿Por qué recuperar ahora un libro escrito hace un año?, se preguntará el lector despistado; ¿cómo no recuperarlo?, responderá el preocupado observador. Tiempo de intereses oscuros, el lector encontrará en la obra de Laínz la hoja de ruta del terrorismo nacionalista: criminal, totalitario, astuto en la política diaria, pero con una despiadada certeza en unos objetivos visibles para cualquiera que quiera mirar de frente. El terrorismo nacionalista quiere la paz, pero será *su* paz, expresada descarnadamente en el libro. Por eso la obra de Jesús Laínz nos advierte y nos empuja a la certeza de Churchill; es fácil caer en el deshonor, pero será difícil evitar la guerra.

*Oscar Elía Mañú*